



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



7 de setiembre de 1889



Núm. 97



GATO CON GUANTES...



## UN RATO DE CHARLA



CÉRCASE la época en que habrá que pensar de nuevo en coger los libros, y á la vez háblase de un decreto contra la libertad de enseñanza.

Permitame el ministro que le felicite por tal medida, á fuer de amigo de la susodicha libertad.

Parece que el plan del expresado funcionario público es que los que se examinen, en uso de su derecho á estudiar donde y como les dé la gana, deban someterse á ejercicios más rigurosos que los que buenamente procedan de las aulas oficiales.

¿Qué mayor tributo de consideración y respeto puede rendirse á la enseñanza libre? ¿No es esto suponer que la enseñanza privada ha de ser mejor que la que se da en los institutos y universidades? ¿No es querer que haya una *élite* de estudiantes á toda prueba?

Ha obrado, pues, muy discretamente el ministro disponiendo que se les aprieten los tornillos á los que se presenten á examinarse sin haber concurrido á las cátedras pagadas de fondos provinciales ó del Estado (no siempre con la debida puntualidad las primeras).

Esas *reformas* procuran la inmortalidad al que se las saca de su mollera. Eso es lo que importa, que no otras cosas.

Quizás algún otro ministro de Fomento (yo, por ejemplo, á haberlo sido, como lo han sido tantos otros) hubiera pensado en otras cosas; pero cada uno hace lo que puede.

Yo, por ejemplo, hubiera hecho las reformas en el personal: nada más que un catedrático de latín; nada más que uno de matemáticas; *disolución* de los catedráticos de lógica y de retórica; abolición de los sustitutos de letras y ciencias; aumento de sueldo á todos.

También hubiera dado nueva forma á los exámenes, haciendo que los tribunales se compusieran de *personas extrañas*, de los doctores del claustro, sin la menor intervención del cuerpo profesoral.

Hubiera aumentado la duración de los cursos, cambiando la fecha y eternidad de las vacaciones; nombrado un inspector de libros de texto; recomendado que los alumnos no tomaran *apuntes*; y, en punto al *plan*, ni Marat se hubiera mostrado tan revolucionario.

No se crea, sin embargo, que le dejase en la calle á ninguno de los *beati possidentes* de las cátedras: en éstas no deberían entrar más de cincuenta alumnos; y, como son muchas las que contienen más, les hubiera destinado á la cátedra segunda ó tercera ó *enésima*.

A pesar de mi satisfacción por la medida que se dice tomada por el actual ministro contra la libertad de enseñanza, hubiera dado facilidades para ésta, como acicate para estimular el celo de los enseñadores oficia-



les, aplicando á este orden de asuntos el principio saludable de la *concu-rrencia* ó competencia.

Y otras cosas más hubiera hecho si hubiese sido ministro; sintiendo



El trineo

mucho que no haya de serlo nunca para llevarlas á cabo, aunque bien puede suceder que las haga otro.

De todas maneras, una disposición como la del ministro que decimos ha de ser recibida con arrogancia por los amenazados. España es el país de los valientes, y la ocasión es buena para los que se ufanan con que *ni temen ni deben*.



El ministro quiere que todos los que se presenten de *enseñanza libre* ante los tribunales académicos puedan decir que han ganado la cruz laureada de San Fernando. ¡A ella pues!

Lo que hay es que con esa medida va á sufrir algo el prestigio de los exámenes *benéblos* de los centros oficiales, ya un tantico *entamé* por la circular del anterior ocupante del puesto desempeñado hoy por el celoso ex gobernador civil de Madrid.

Es preciso, á mi ver, que llegue pronto el día en que el nivel de los estudios universitarios sea considerado á igual altura que el de nuestras magníficas escuelas especiales, civiles y militares (demasiado teóricas, sin embargo); y no se logrará esto haciendo público que los exámenes no han de alcanzar, en las universidades é institutos, para los de la casa, el máximo de severidad destinado para los procedentes de enseñanza libre.

Es triste, en efecto, que para ingresar en dichas escuelas no sirvan, por punto general, las matemáticas y demás materias aprendidas en el instituto, y aun en la facultad de ciencias, y sea preciso acudir á una *Academia preparatoria* PRIVADA, para completar la deficiencia de los conocimientos obtenidos en los establecimientos del Estado.

Resumiendo: la enseñanza oficial deja mucho que desear. Convendría estimularla con la competencia privada, y, en vez de eso, se ve la tendencia á que el Estado se convierta en único comadrón de las inteligencias.

Precisamente la experiencia demuestra que no salen de esos establecimientos las mejores cabezas. No hablamos de otros países, como los Estados Unidos, Inglaterra ó Bélgica, en que la libertad de enseñanza, ó, por mejor decir, la libertad de aprender, es completa. En nuestra misma patria vemos entidades ilustres que no han pisado jamás las universidades. Uno de los portentos de erudición que tenemos es D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán. El malogrado Tubino, antropólogo eminente, no creo tuviese ningún título académico. Nuestros mecánicos carecen, en su mayoría, de credenciales de dicha clase, y de fijo que lo mucho que sabe Cánovas no se lo enseñarían en la universidad. El gran filólogo Benot no es catedrático oficial, el astrónomo Landerer tampoco; Ferrán no tiene cátedra, no la tiene el alienista Ezquerdo; creo que los historiadores Balaguer y Murguía no proceden de ninguna universidad; Monturiol, inventor del *Ictineo*, era abogado; los excelentes matemáticos Becerra y Antonio Sánchez Pérez carecen de títulos profesionales; el arqueólogo Hernández Sanahuja se ha hecho solo. Todo lo cual indica que no hay que querer convertir el profesorado oficial en el Arca Santa de la ciencia española fuera de la cual *nulla est redemptio*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## MONÓLOGO DE UNA VELETA

**V** bien: yo era un pedazo de latón, un humilde pedazo de latón, del que un hombre vulgar hizo, con sus tijeras, una gentil saeta, símbolo del poder.

De la misma inmensa hoja de que yo salí saeta, salieron latas para conservas, jarros para el agua, tarteras, marmitas, pucheros, y... ¡qué sé yo cuántos utensilios!

Este complicado árbol genealógico prueba que todos los objetos de latón tienen el mismo origen: el latón; aunque no tengan el mismo destino.

Después que me hubo perfilado á su gusto, mi hombre me dió la mano, me condujo tramo á tramo por una estrecha y tortuosa escalera, llegamos á lo alto de una torre, me enhebró en una larga varilla de hierro y me elevó hasta los cielos.

Al verme en tales regiones perdí la cabeza. Desde aquella altura todo me parecía pequeño: los hombres, los edificios, la ciudad, la misma tierra, que, comparada con el dilatado horizonte, semejaba un grano de arena perdido en el firmamento.

Con gran satisfacción mía observé que yo estaba sobre todo, que por encima de mí no había nada, teniendo á mis pies un pueblo, al cual dominaba desdeñosamente.

Esto despertó mi orgullo y me hinché de vanidad y de soberbia.

El viento y yo éramos amigos, amigos íntimos, inseparables: siempre alegre y juguetón, trataba de buscarme las vueltas; pero cuando él venía por el norte... ri... ri... ri... volvía yo la espalda al sur. Si de allí á poco cambiaba de dirección, y, queriendo sorprenderme, soplabá por el oeste, ri... ri... ri... yo volvía al este las espaldas, burlándome de su torpeza, y... ri... ri... ri... riéndome de su despecho.

Un día amaneció nublado. A la hora de tocar á misa subió á la torre el monaguillo, y, detrás de él, el sacristán.

—Hoy va á llover de firme,—dijo este último.

—¿En qué lo conoce V.?—preguntó el muchacho.

—¡En qué lo he de conocer! ¡En la veleta!



Santiaguillo y la pera



Al oírme nombrar presté atención á lo que decían, y entonces oí de qué manera *servía* yo para señalar la dirección del viento y, por lo tanto, de las nubes.

Aquello me llenó de ira.

¡Cómo! ¡Yo, el ser más elevado de todos, *servía* para tan ruin oficio! ¡Yo, que tenía por pedestal la tierra y por corona los innumerables astros, era juguete del aire! ¡Yo, que desde mi altura dominaba desdeñosamente los hombres, la ciudad y las montañas, *servía* para anunciar la lluvia!... ¡Yo *servir* á nadie ni para cosa alguna!

Rabiosa, colérica, ri... ri... ri... me revolví de este á oeste, y de norte á sur, sin detenerme un punto.

Tanto me cegó el orgullo que me olvidé de mi humilde origen, de mi árbol genealógico, de las tijeras que me hicieron y del hombre que me había elevado: era veleta y me creí un dios.

—Ri... ri... ri... ¡Ahora veréis lo que es bueno! Os anunciaré buen tiempo y habrá lluvia; si hay tempestad señalaré buen tiempo; cuando el aire esté en calma correré como una loca, y cuando se desencadene el aire permaneceré inmóvil como una muerta; ri... ri... ri...

En seguida me encaré con el viento y le dije:

—Oye: basta de bromas y ocupe cada cual el puesto que le corresponde. Por ahí abajo se asegura que eres mi señor y dueño, que me riges á tu antojo y haces de mí lo que te da la gana. Bien sabes tú que no es cierto, que en todas ocasiones te he salido al encuentro, moviéndome por mi propia voluntad y burlándome de tus iras lo mismo que de tus halagos. Y soy superior á ti porque nunca desciendo de mi altura, en la que he nacido, mientras que tú te arrastras por la tierra y juegas con todo el mundo sin distinguir de clases, y andas en labios de gentes de poco más ó menos.

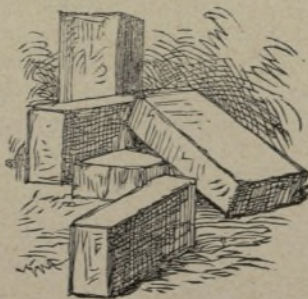
Y... ri... ri... ri... di mi última vuelta, me afiancé sobre la varilla de hierro, que las lluvias habían oxidado, y me detuve en seco.

El viento, que en un principio pasaba murmurando, acabó por golpearme brutalmente. Yo me mantuve rígida; pero cuanto mayor era la resistencia que le oponía, más violentos eran sus ataques: hubo un instante en que la torre osciló, las campanas sonaron por sí mismas, crujieron hierros, piedras y maderos; la varilla en que estaba enhebrada se rompió, y, dando tumbos de uno á otro tejado, vine á caer en el suelo.

Hasta que no me vi en el fondo del saco de un trapero, ahogada entre inmundicias, no perdí mis ilusiones y esperanzas.

¡Qué queréis! No soy la única veleta que se ha estrellado por ir contra la corriente.

V. COLORADO







## NOTABLE EJEMPLO

### LA IRA

(AL SR. D. ALFREDO OPISSO)

**L**as diez han sonado en la vecina torre de la iglesia, y D. Roque, calándose el gorro y empuñando la palmeta, ha dado comienzo á la clase. Poco después de acabado el primer ejercicio, consistente en cantar letrillas de la Sagrada Doctrina, apareció en el dintel de la puerta el joven Luis, hijo del alcalde del pueblo, rubio, de ojos azules y tez blanca, y en cuyas miradas se notaba ya una inclinación no desmentida hacia lo malo y dañino.

Al verle entrar, el bueno de D. Roque exclamó:

—Luis: es necesario que concurra V. con más puntualidad á su clase, ó, de lo contrario, pasaré aviso al señor alcalde para que ponga en V. el debido correctivo.

—Puede V. hacer lo que sea de su agrado, porque no me harán que deje de cazar gorrones para venir á leer y cantar á la escuela; y, además, deben Vds. darse muchas gracias porque asisto á clase, puesto que no tengo ninguna obligación de hacerlo.

D. Roque, con tono amable y no haciendo caso de esto, comenzó á reprenderle; pero el chico le cortó diciendo:

—Para sermones á la iglesia, y á la escuela para leer.

A esta especie de reto contestó ya D. Roque, malhumorado:

—¡Al calabozo, insolente! D. José: conduzca V. á Luis al encierro.

Volvióse rápidamente el chico, y, cogiendo un tintero, fué á dar con él en la cara del pobre profesor de primaria; y mientras que éste y los demás acudían á socorrerle, Luis abandonó el colegio para no volver más. . . . .

Doce años hace, y en la capital de España se ve morir en un cadalso, por asesino, á un joven llamado Luis, de veintidós años de edad é hijo del alcalde de un pueblo cercano.

Estas son las consecuencias de las vidas de aquellos hombres en los cuales toma posesión la ira, el más feo y malo de todos los pecados.

ANTONIO RODRÍGUEZ Y GORDÓN

Málaga, 1.º junio 1889







Amor à las flores

## LA MUERTE DEL NIÑO

En una fosa pequeñita y honda  
colocaron, tapado, el yerto cuerpo  
de un niño que la vida abandonaba:  
echáronle la tierra sobre el féretro;  
y cuando el triste padre, en gruesas lágrimas  
expresaba el dolor del sentimiento,  
cuando luego de la última mirada  
cabizbajos se fueron,  
posóse sobre el mármol de la fosa

un tímido jilguero  
que, cantando con voz melosa y dulce,  
mas de tristeza lleno,  
desplegó sus alitas tan pintadas  
y fuése hacia el etéreo...  
Mas, detrás, otro pájaro seguía  
el mismo derrotero...  
¡Era el alma del niño que volaba  
para llegar al Cielo!

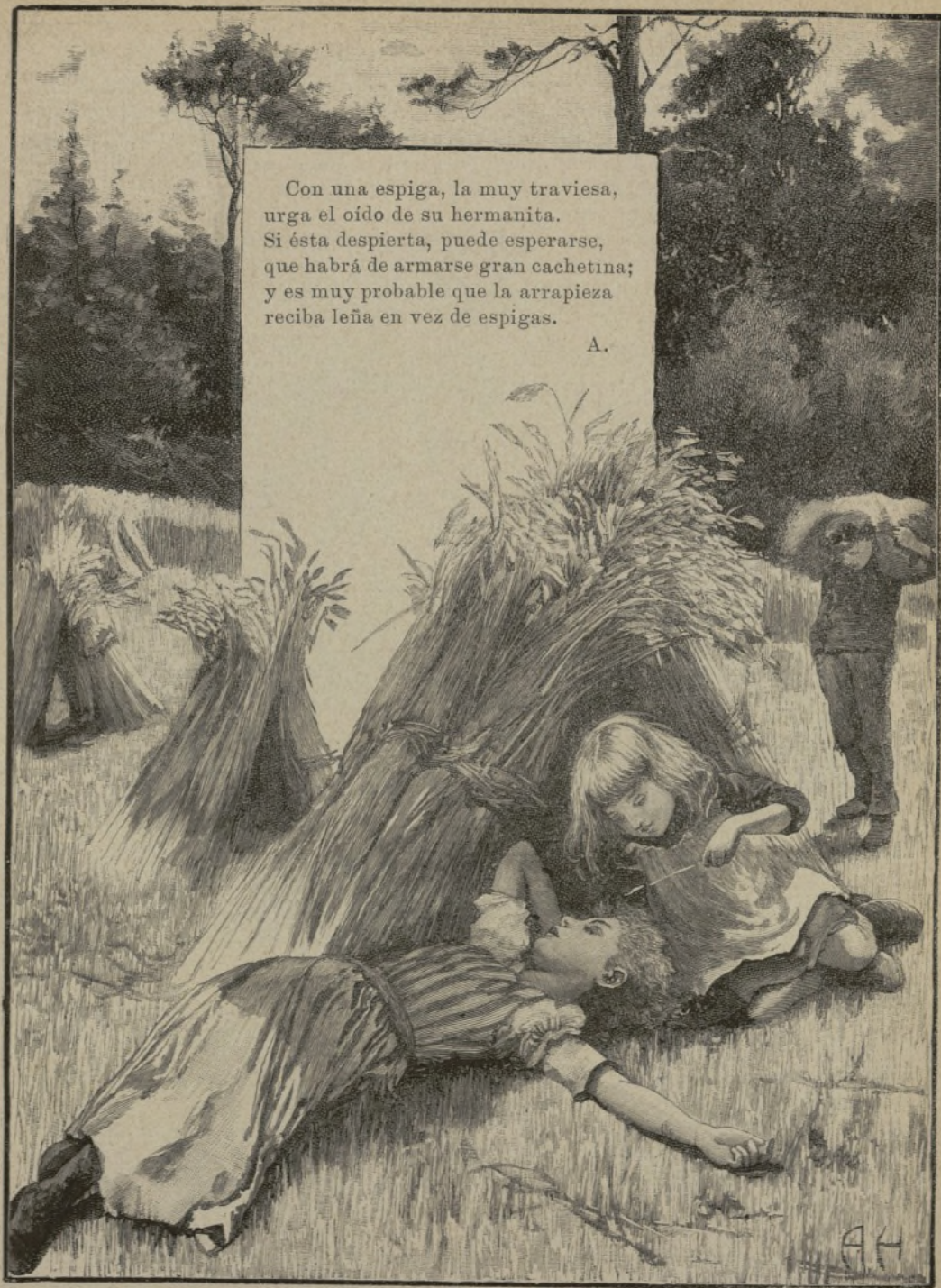
EDUARDO VILLEGAS





Con una espiga, la muy traviesa,  
urga el oído de su hermanita.  
Si ésta despierta, puede esperarse,  
que habrá de armarse gran cachetina;  
y es muy probable que la arrapieza  
reciba leña en vez de espigas.

A.





## VARIEDADES

**E**n el monte Etna, en Sicilia, se levanta un añoso castaño que ocupa en su base una circunferencia de 64 metros. Unos le atribuyen cuatro mil años de edad, otros dos mil; pero, según se desprende de un reciente examen, este gigantesco árbol no debe pasar de ochocientos noventa. En Italia hay otros muchos castaños notables por sus dimensiones, sobre todo el



El niño orgulloso

de Montemata, en Toscana. Casi todas las provincias italianas cultivan este árbol, y en especial las de Sondrio, Luca y Génova, cosechándose anualmente cerca de 5.800,000 quintales de castañas. La exportación asciende cada año á 70,000 quintales, dejando un producto de unos 2 millones de pesetas. Las castañas de Coni pasan por ser las mejores de toda la península.

\*\*\*

Pensilvania tiene el puente más alto del mundo. Su altura es de 91'74 metros sobre el arroyo Kingua, cuyo lecho está á 640 metros sobre el nivel del mar.



La prodigiosa Torre Eiffel, asombro de los visitantes de la Exposición de París, tiene 300 metros sobre el nivel de tierra: puede calcularse, pues, la extraordinaria, la asombrosa elevación del puente de Pensilvania. El gigantesco armatoste está fundido en hierro y tiene 625 metros. En su construcción se emplearon 180,000 kilogramos de hierro y 45,000 metros cúbicos de mampostería, empleándose en su construcción escasamente un año.

\*  
\*  
\*

Indudablemente habréis oído hablar alguna vez de los siete sabios de Grecia. Eran, los tales, gente que sacaban de las sombras del templo las doctri-



El niño orgulloso

nas de las costumbres, y meditaban luego para imponerlas á los hombres de la manera más fácil posible.

Hé aquí las máximas que se les atribuyen, forma proverbial bajo la cual ponían la moral al alcance de todos:

Solón: *Conócete á ti mismo.*

Quilón: *Ve al fin de una larga vida.*

Pitaco: *Conoce la oportunidad.*

Bías: *Los más son malos.*

Periandro: *A la habilidad todo es posible.*

Cleóbulo: *No hay mejor que la moderación.*

Tales: *Promete cuando el peligro es inminente.*

\*  
\*  
\*

El papel es una de las sustancias que más aplicación han recibido desde que la química industrial ha tenido gran desarrollo, pues apenas se ha-



llan hoy objetos que no puedan construirse con la pasta de papel, aun aquellos que parecen más difíciles, como los ladrillos de las construcciones, pavimentos de las mismas, rails, correas para las máquinas, suelas, etc., etc.

Hoy vemos que en los Estados Unidos se construyen caracteres de imprenta con él, que nada dejan que desear, ni por su duración ni por sus excelentes resultados. Para construirlos desécase la pasta después de formada, y se reduce á polvo muy fino. Este polvo se mezcla luego con parafino, aceite de linaza cocido ú otra sustancia que lo haga impermeable. Se deseca la pasta formada, y cuando está casi seca se aplica sobre las matrices y se comprime, calentándose para que se ablande. Cuando esto se ha conseguido, se vuelve á comprimir para que se adapte bien á la forma. Se deja enfriar, y queda formado el tipo de la letra.

\* \* \*

La profundidad extrema del mar no ha sido todavía descubierta. Sir James Ross lo sondeó á 900 millas al oeste de Santa Elena, y halló que el agua alcanzaba allí una profundidad de cerca de 6 millas. Por consiguiente, si tomamos la altura de la montaña más elevada, que es de 5 millas, resultará que la distancia, desde la cúspide más alta de la tierra al fondo conocido del mar, será de *11 millas*.

\* \* \*

El que las aguas de los mares sean saladas se debe á que, siendo la sal un mineral que abunda mucho en la tierra, al ser absorbida por el océano le vuelve salobre en alto grado.

Los lagos y los ríos, aun aquellos que consideramos de agua dulce, contienen también en solución algunas materias salinas que contribuyen á la salobrez del agua de mar.

Como en las evaporaciones del mar la sal se queda en él, mientras que los vapores caen en forma de lluvia sobre la tierra, y arrastran otra vez, antes de volverse al mar, algunas de sus propiedades minerales, el agua del océano es tan extraordinariamente salada que no se nota este gusto en la de los ríos.

Algunos naturalistas opinan que el mar se ha venido volviendo gradualmente salado desde la creación del mundo. Esto, dicen, consiste en la evaporación del agua libre de sal, que arrastra siempre grandes cantidades de esta sustancia cuando vuelve al mar.

La cantidad de sal común que contienen los diferentes mares, se evalúa en 3.051,342 *millas cúbicas geográficas*, ó sea cinco veces la masa de las montañas de los Alpes.

A. OZORES





## — NUESTROS GRABADOS —

### GATO CON GUAANTES...

Un chico travieso tuvo la ocurrencia de atar unas bolsitas de papel en las cuatro patas de su gato para ver qué haría y reirse un rato á su costa. El pobre animal, fuera de sí, comenzó á correr de un lado á otro, esforzándose para desprenderse de aquella especie de guantes que le molestaban y entorpecían sus movimientos; pero no podía. Llegado al patio de la casa, derribó un tiesto, y enfurecióse más al ver un ratón que se comía las sopas de leche destinadas para él, y que, cual si comprendiera la impotencia de su enemigo en aquel momento, mirábale sin huir, como



para burlarse de su situación.

### EL TRINEO

Cuando nieva mucho y se forma una espesa capa de hielo, Jorge y sus hermanitos emprenden una agradable excursión en su trineo. No les arredra entonces el helado cierzo que hace asomar los colores á sus mejillas, ni temen peligro alguno en medio de su rápida carrera. Este saludable ejercicio les hace entrar en calor, y lo prefieren á todos los demás juegos.

Las pinturas de pluma



### SANTIAGUILLO Y LA PERA

La madre de Santiaguillo cuidaba mucho su jardín, y particularmente un árbol frutal que había dado la primera pera.

—Cuando esté bien madura,—dijole un día á su hijo,—te daré la mitad.

Siempre que bajaba al jardín, el niño se detenía delante del árbol para contemplar el fruto prometido; pero una tarde quiso tocar la pera, que estaba á su alcance, para ver si había madurado. Al día siguiente, no contento con esto, acercóla á su nariz á fin de olerla, y, como su perfume le pareciera delicioso y la tenía tan cerca de la boca, no pudo resis-



tir á la tentación de clavarle el diente. Pero entonces comprendió su falta, y, avergonzado de ella, corrió en busca de su mamá para confesar su pecado. La madre le perdonó en gracia de su sinceridad, y dióle, además, media pera para consolarle.

### AMOR Á LAS FLORES

Sofía es muy aficionada á las flores, ó, más bien, siente una verdadera pasión por ellas. Cultivarlas es su mayor recreo, y aprécialas más que sus juguetes. Cuando va al bosque, sólo se ocupa en buscar las que son de su agrado, y en su jardín ha formado cuadro de hermosas plantas que son todo su orgullo, y de las cuales cuida con solícito afán.

¡Dulce Sofía, ojalá que tus aficiones sean en lo futuro tan inocentes como la que ahora constituye el goce de tu existencia!

### EL NIÑO ORGULLOSO

Tomás, muchacho de ocho ó diez años, era en extremo orgulloso porque su padre, muy rico, le mimaba mucho, satisfaciendo todos sus caprichos. Parecía tener derecho para maltratar de palabra á los criados, y despreciaba á sus compañeros de colegio si eran pobres.

Cierta mañana, hallándose á la puerta de la casa de campo donde vivía, acercósele un muchacho de su edad, algo andrajoso, que llevaba en un cubo algunas moras recién cogidas en el bosque, y le pidió un poco de agua.

—¡Largo de aquí pronto!—gritó Tomás.—Yo no trato con pobres, y menos andrajosos.

—Déjeme V. beber un poco de agua en la fuente del patio y me iré,—repuso, el otro con humildad.

—Si no te retiras al punto,—replicó el orgulloso,—te azuzaré los perros.

Al oír esta amenaza el pobre chico se alejó.

Tomás, que había fijado su atención en las moras, experimentó de pronto el deseo de coger unas pocas y corrió al bosque; mas al saltar una zanja cayó dentro de ella, y, como estaba llena de cieno, comenzó á hundirse.

A sus gritos acudió un muchacho, el mismo á quien poco antes rehusó un poco de agua, al que pidió auxilio con expresión angustiosa.

—Ayúdame á salir de aquí,—le gritó,—y te daré un duro.

—No necesito tu duro,—replicó el muchacho;—mi deber es socorrerte.

Y, arrodillándose en tierra, alargó una mano al orgulloso niño y sacóle del atolladero.

—No he querido vengarme,—le dijo cuando estuvo en salvo;—y supongo que otra vez no negarás un poco de agua á quien te la pida.

La lección había sido dura, pero Tomás fué más caritativo y menos orgulloso desde aquel día.

### LAS PINTURAS DE PLUMA

Los aztecas, el pueblo que gobernó á Méjico hace cuatrocientos años, eran muy industriosos, y sabían copiar con singular perfección todos los objetos que observaban en la naturaleza: ranas, aves, hojas, patos, serpientes y otros reptiles; lobos, perros. De todos estos seres hacían imágenes de oro, plata, arcilla y piedra, muchas de las cuales adoraban como dioses, aunque las más destinábanse para ornamentos. Los españoles, que se apoderaron de su país en 1521, no pudieron menos de admirar la rara habilidad de aquellos indígenas, pues no habían visto nunca trabajos tan perfectos. Sin embargo, en lo que principalmente se distinguían, hasta el punto de ser inimitables, según lo reconocieron las personas más entendidas, eran en las obras de pluma: en esto no tenían rival.

Cuando los aztecas fueron conquistados, casi todas sus magníficas artes se perdieron. Olvidóse muy pronto su manera de cortar las piedras preciosas y modelar la plata y el oro; y aquellos industriosos indígenas, reducidos á la condición de esclavos, viéronse obligados á trabajar la tierra. El arte de fabricar objetos de pluma es casi el único que se ha conservado entre los aztecas, pues se trasmitió de padres á hijos, como sucede aún hoy día.

Sin embargo, siempre trabajan en secreto, de modo que no pueden ser vistos por personas extrañas ó extranjeras.



Cuando estuve en Méjico no perdoné medio alguno para ver cómo fabricaban los preciosos pájaros que se venden por las calles, y que constituyen un delicado adorno. Cierta amigo me presentó en casa de uno de los artistas; mas, apenas nos vió entrar, recogió todos sus utensilios y el trabajo que hacía, y no nos permitió ver absolutamente nada, á pesar de nuestras ofertas.

Era un indio de piel cobriza y cabello negro y recto. Vestía una ropa muy andrajosa, y la ocultaba en parte con una manta que le servía de abrigo. Aunque muy pobre, ninguna cantidad le sedujo lo bastante para inducirle á enseñarnos el procedimiento secreto que había aprendido de su padre y que se conservaba en la familia hacía centenares de años.

Las figuras de aves que imitan, sirven principalmente para adornar tarjetas y naipes; y necesitase una habilidad especial para producir una pintura perfecta. El indio traza primero en la cartulina los contornos del cuerpo del ave en cera, sin poner de esta última más de la necesaria para que se adhieran las plumas; y, comenzando por la parte inferior, las sobrepone en series, como se hace con las pizarras de los tejados. El indio trabaja muy despacio y con admirable paciencia, en lo cual está sin duda el secreto de la perfección de su obra y la causa de que ningún otro pueblo haya podido imitarle. El resultado de su trabajo es una avecilla tan admirablemente imitada, que parece viva y á punto de cantar ó volar.

Los ojos se forman con diminutas cuentas de vidrio, y el pico y los pies están pintados con tal delicadeza que parecen naturales: el artista pinta una rama, ó la representa con pluma, y su trabajo queda concluido.

Las imitaciones más notables se hacen con las plumas de varias especies de colibrí, que cuando el sol se refleja en ellas parecen piedras preciosas. Brillan como rubíes y esmeraldas; y cuando el trabajo queda bien concluido, causa verdadero asombro.

Como obras artísticas estas imitaciones son admirables.

#### MARGARITA

Sólo tengo nueve años  
y me llamo Margarita,  
y más amada que yo  
no hay quizás ninguna niña.

### MUFLÚ

(Continuación)

Todas las casas son viejas en aquel barrio y se agrupan en torno de la gran iglesia de Or San Michele, que se puede comparar á un estuche de plata oxidada. Es un bello estuche, en efecto, que contiene al Espíritu Santo en sus flancos, sin contar San Pedro con sus llaves, San Marcos con su libro abierto, San Jorge apoyado sobre su espada, y muchos más aún, austeros y solemnes como ellos, austeros y sin embargo llenos de bondad y de benevolencia: ¿no hacen guardia, en efecto, delante el Tabernáculo blanco de Orcagna?

La iglesia se yergue firme como una roca, cuadrada como una fortaleza: los vientos y las lluvias del cielo pueden darle el asalto durante siglos sin llegar jamás á turbar su reposo sublime. Pienso algunas veces que, entre los más nobles edificios de nuestra Italia, Or San Michele es el más noble. En pie en su severa magnificencia, es un recuerdo de Dios en medio de los ruidos y de las risas sonoras de la calle.

Los amos de *Muflú* vivían, por decirlo así, á la sombra de ese noble edificio, en el lugar en que el puente de piedra, á mitad de su altura, cruza el



espacio y enlaza las casas con la iglesia. Lolo experimentaba por Or San Michele un afecto profundo.

Amábalo por la mañana, á la hora en que los rayos del sol lo trasforman en un templo de oro y de jaspe; amábalo por la noche, á la hora en que los cirios de los altares brillan en la sombra y en que el perfume del incienso quemado se esparce hasta la calle; amábalo los días de gran fiesta, cuando llevaban allí gordos ramilletes de lirios; amábalo en las solemnes veladas de invierno, cuando la luz vacilante de las lámparas iluminaba el manto de un apóstol, la escultura de un blasón, ó daba á una vidriera las tintas y el dulce brillo de una mayólica; amábalo á toda hora y en todo tiempo, y, sin saber por qué, la llamaba *la mia chiesa* (mi iglesia).



Margarita

Como Lolo era cojitranco y enfermizo, hallábase en la imposibilidad de ir á la escuela y de entregarse á un trabajo seguido. Con todo, ocupábase con mucho celo y destreza en tejer la paja con que se cubren las botellas de vino, y en trenzar esteras. Pero la mayor parte del tiempo hacía lo que quería. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el parapeto de Or San Michele mirando á los vendedores de cacharos, ó bien trotaba apoyado en su muleta, y sabe Dios cuántas millas podía hacer así cuando quería. Entonces, en compañía de *Muflú*, se salía al campo, al otro lado del Arno. En la estación de los gamones pasábanse allí medias jornadas, y aun jornadas enteras. Lolo y *Muflú* eran muy

volvía á su casa con grandes ramilletes de flores de oro. El y *Muflú* eran muy felices juntamente.

La madre de Lolo no le hablaba nunca con severidad, porque ella tenía la culpa de que el pobre chiquitín fuese cojo. Le había dejado caer cuando era muy niño, habíase lastimado en la cadera, y los médicos no habían podido curarle nunca. Así es que ella no le reñía nunca, aunque á menudo reprendiese á los otros: á Cecco, el gordinflón, de rizado pelo; á la linda Dina, de ojos negros; á aquella impertinente de Bice, al vigoroso Beppo. No exceptuaba ni siquiera al buen Tasco, que era ya un hombre y trabajaba de firme. Tasco era el sostén de toda la familia, y, sin embargo, no era más que mozo jardinero: trabajaba en los *Cascine* por algunos sueldos al día. Pero todo lo que ganaba lo entregaba religiosamente á su madre. El era el único capaz de mantener en la obediencia á aquel haragán de Sandro, que tan prontamente se salía de sus casillas; de tener á raya el amor desordenado de Bice por los trapos; y él sólo, á fuerza de habilidad y de cuidados, llegaba á juntar los dos cabos y hacer que el puchero no hirviese con agua sola.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10. 2.º. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA